

BENITO G. G.

\*\*\*

INVESTIGADOR PRIVADO



EL CASO DE LOS ANÓNIMOS

MULTICOLOR

Miguel I. García López

Benito G. G., Investigador Privado.

El caso de los anónimos multicolor.

Edición especial en PDF, única e irrepetible. Tú por si acaso no lo tires, que igual dentro de doscientos años te forras, vendiéndolo en el rastrillo digital del pueblo.

Agosto de 2017.

© 2011, 2017 Miguel Indalecio García López.

Todos los derechos reservados, incluidos el de admisión, los sucesorios, el de pernada, y el de huelga.

Prohibida su reproducción total o parcial, por cualquier medio, incluso oral, sin la expresa autorización del autor (o sea, yo). Y va en serio. Toda persona que incumpla las leyes del copyright, será perseguida por la justicia, al menos durante un rato.

*A Eva, a Miquel.*

*A mi madre, que ojalá me estuviera leyendo.*

## **SUMARIO**

Introducción .....	4
El caso de los anónimos multicolor .....	5

# INTRODUCCIÓN

Buenos días. O mejor, buenas tardes. ¿Buenas noches, quizás? En fin, táchese lo que no proceda, pues cada uno es libre de leer cuando le venga en gana, o le dejen. Aunque pensándolo bien, mejor no tachen nada, que la página quedará hecha una pena, y un libro es una cosa que merece cierto respeto. Sí, sí, incluido éste. No empecemos.

Pero disculpen mi verborrea sin haberme siquiera presentado.

Me llamo Benito García Gómez, y soy detective privado, fundador de la Agencia de Investigación G.G., famosa en el mundo entero por la resolución plenamente satisfactoria de innumerables casos, misterios impenetrables, crímenes aterradores, robos espectaculares, y sonados adulterios, entre otras cosas.

En estas páginas, escritas de mi puño y letra, pues no necesito intermediarios, aunque tampoco me los puedo permitir, relato uno de esos casos con todo lujo de detalles, y la hábil prosa que me caracteriza, aunque eso sí, cambiando ciertos datos que posibiliten a mis clientes el anonimato que mi profesionalidad les garantiza.

Así pues, siéntense cómodamente, pasen la página, y comiencen a leer el relato. Les garantizo que no podrán abandonar su lectura. A menos, eso sí, que les venza el sopor, y empiecen a dar cabezadas hasta quedarse dormidos. En tal caso, les deseo felices sueños.

# EL CASO DE LOS ANÓNIMOS MULTICOLOR

En mi larga carrera contra el crimen, jamás había topado con un caso como aquél. Mi clienta, doña Julia, esposa de un mangante... esto... un magnate de los de tomo y lomo, con múltiples negocios a cual más rentable, o como se dice ahora, diversificación de inversiones, estaba muy asustada. Y no era para menos. En las últimas semanas, había recibido la friolera de cuatro escritos amenazantes, de autor desconocido. O lo que es lo mismo, mogollón de mensajes anónimos con muy mala leche.

Observarán que estoy ampliando mi ya de por sí vasto vocabulario con algunos términos más vulgares. La razón de esto estriba en la profundización que estoy llevando a cabo en mis estudios sobre jergas callejeras, además de que últimamente dispongo de más tiempo para ver la televisión. Más que nada, porque hace poco que han abierto un bar en la otra esquina de la calle, en el que aparte de ofrecer menús económicos, tienen el aparato de televisión todo el día dale que te pego. Esto es, encendido. Huelga decir, que soy cliente asiduo a las horas de las comidas. Que no está la cosa como para ir tirando por ahí el dinero. La pasta, la guita, el money, el parné. En fin, mi efectivo. Efectivamente.

Volviendo al tema de los anónimos, aunque es evidente que no puedo desvelar minuciosamente todos y cada uno de los detalles del caso, debido al escrupuloso respeto que profeso hacia mis clientes y el consabido secreto profesional, trataré de mostrar los puntos más importantes del mismo. Dicho de otro modo, no puedo decir ni mu, así que a ver cómo me las invento para contarles lo que no debo.

El principal tema de los mensajes de autor desconocido, se reducía a lo de siempre. Que si “*te voy a matar a la mínima que te descuides*”, que “*ten cuidado cuando vayas de paseo tú sola*”, que si “*haré que parezca un accidente*”... En fin, mucha novela barata, que no a buen precio o económica, y demasiada televisión en proceso de autodestrucción masiva.

En cuanto al aspecto físico de las misivas, tratábase de papel corriente del que se puede encontrar en cualquier oficina: blanco, no reciclado (¡un punto negativo!), y de tamaño DIN A-4, algo más pequeño que el tradicional folio, como ustedes ya sabrán. Y si no lo saben, ya se lo digo yo, que para eso estamos. De nada, y a mandar. Saludos de su seguro servidor, y todo eso.

El modo en que dichas cartas llegaban a su destinataria, era de lo más curioso. O, mejor dicho, el modo en que la destinataria llegaba a las cartas, era de lo más curioso. Que tenía su intrínquis, vaya. Así es. Por extraño que parezca, era mi clienta la que, sin saberlo, iba al encuentro de los anónimos manuscritos que alguien le dirigía. Mira tú

qué cosas. Los mensajes, por así decirlo, esperaban pacientemente a que su destinataria tropezara con ellos. A modo de ejemplo, relataré brevemente cómo recibió mi clienta el primer mensaje amenazante.

Era la hora del cóctel de un martes cualquiera. Háganme un favor, y no me pregunten qué hora es la del cóctel. La del té, creo que es a las 5 de la tarde o'clock. Eso en Inglaterra, claro. Aquí, pues depende de si queda té, de si hemos terminado la siesta, y de si tenemos ganas de poner a hervir el agua.

Nuestra mujer, es un decir, se dirigía al bar del Hotel Aliby, donde todos los días, a esa hora, tiene mesa reservada para el menester antes mencionado. El menester es el cóctel, no se me pierdan. Conducía ella misma su coche, un flamante y llamativo Audi, último modelo, habiendo prescindido de Daniel, su chófer, pues deseaba cierta privacidad. Había quedado con alguien en el hotel. Mi clienta, manifestó el deseo de no revelarme el nombre de dicha persona, lo cual, además de ser comprensible pues todo el mundo tiene derecho a la intimidad, es totalmente inútil, dado que nada se escapa a mi control, salvo los malditos programas de la lavadora. Volveré sobre ello más tarde. Más que nada, para ver si alguien puede ayudarme con la diabólica máquina de lavar la ropa, que me tiene frito. Bueno, sucio, lo que me tiene es sucio.

Llegó unos diez minutos antes de la hora prevista para la cita, lo cual no es de extrañar conduciendo semejante bólido. Sobre todo, si tenemos en cuenta el hecho, de que esta señora, tiene la peligrosa

afición de hacer caso omiso al color de los semáforos. Algo contrastado por mí durante la reconstrucción de los hechos, en la que mi clienta conducía su vehículo, mientras yo ocupaba el lugar del copiloto. En qué mala hora se me ocurrió solicitar semejante disparate. Acababa de almorzar, no les digo más.

Una vez entregadas las llaves al mozo aparcacoches, entró directamente en el bar del hotel, y tomó asiento en la discreta mesa que, como digo, le está habitualmente reservada para sorber brebajes en copa fina. Como estaba bastante intranquila debido al motivo de la cita, que tampoco me reveló, decidió pedirle al camarero un combinado con el que tratar de serenarse. Así pues, tomó la carta de bebidas, y la abrió por la primera página.

Para su sorpresa, tras la portada había un papel doblado por la mitad, en el que aparecía la palabra “**HOLA**”, escrita en mayúsculas, con rotulador de color rojo. Extrañada, desdobló el papel, y leyó horrorizada el mensaje que estaba escrito en él:

“**ÁNDATE CON OJO PORQUE TE ESTOY VIGILANDO. ME LAS VAS A PAGAR TODAS JUNTAS. TE VOY A MATAR A LA MÍNIMA QUE TE DESCUIDES.**

**FIRMADO: EL VENGADOR ROJO.”**



Ni que decir tiene, que nuestra dama puso pies en polvorosa, dejando a su misteriosa cita más tirada que una colilla de segunda mano. Que las hay, créanme, las hay.

Volviendo al análisis físico de los mensajes, y dado que tengo extensos conocimientos en materia de grafología y papiroflexia, puedo añadir que se trataba de una escritura un tanto peculiar, claramente forzada diría yo, con el objetivo de disimular la verdadera caligrafía de su autor.

El texto estaba escrito en mayúsculas, habiéndose utilizado para ello un tipo de rotulador corriente, con tinta cuya base es alcohol. Podría dar otros detalles, como por ejemplo la marca concreta del fabricante, pero no es el objetivo de esta narración publicitar nada. Gratis, se entiende. Si están interesados en patrocinarme, pueden contactar conmigo a través de mi representante. Todo el texto había sido escrito utilizando un rotulador de tinta de color negro, excepto la palabra “ROJO”. Para escribir dicha palabra, se había utilizado un rotulador de tinta... verde. Curioso, ¿verdad?

No voy a extenderme innecesariamente exponiendo las características del resto de mensajes anónimos que recibió mi clienta, dado que son muy similares en contenido y propósito. Tampoco voy a relatar las circunstancias del hallazgo de los mismos. Pero, como algo he de contar, diré que la peculiaridad en el color del texto se repite en todos y cada uno de los mensajes.

Por ejemplo, en el mensaje número dos, la palabra “ROJO” aparece escrita con tinta roja como cabría esperar, mientras que el resto del texto es de color verde. Sin embargo, el mensaje número tres había sido escrito en su totalidad con tinta negra. El último escrito anónimo, el número cuatro, contiene texto escrito en tres colores: verde, rojo y azul. Este postrer mensaje es realmente curioso, dado que los colores han sido utilizados de manera aleatoria e intercalada, dándose incluso el caso de palabras que han sido comenzadas con un color, y finalizadas con otro. El aspecto general de la escritura de este mensaje, sugiere cierta urgencia y precipitación, como si el autor hubiese sido interrumpido varias veces, mientras lo redactaba furtivamente.

Algo me olía a chamusquina. Tras averiguar que el origen de tan nefastos efluvios estaba en los restos de la merienda del miércoles, que vaya usted a saber por qué, se hallaban en el bolsillo interior de mi gabardina, traté de armar el puzle con las piezas de que disponía.

Había algo que me preocupaba sobremanera, y no me refiero precisamente al resultado de las próximas elecciones. Lo cierto, es que me importa bien poco quién dirigirá el club de fútbol local la próxima temporada.

Lo que de verdad me desasosegaba era la falta total y absoluta de un móvil en todo este asunto. Los amenazantes mensajes anónimos destilaban mala leche a raudales, pero no indicaban ni por asomo cuál era la razón de tanta inquina. ¿Por qué amenazaba de muerte el autor de los escritos a su destinataria?

Evidentemente, la primera posibilidad en la que cabía pensar, era que todo este embrollo tuviese relación con el misterioso personaje del hotel, con quien mi clienta iba a encontrarse. ¿Sería éste el autor de las misivas? ¿O acaso era la esposa del susodicho? ¿Quizás una antigua amante despechada del susodicho? ¿O la suegra de la esposa del susodicho, esto es, la madre del susodicho, valga la redundancia?

Me encontraba ante un callejón sin salida. Así pues, giré sobre mis talones en busca de otra calle más amplia y mejor comunicada, pues deseaba estirar las piernas con sus correspondientes pies, mientras le daba vueltas en la cabeza a todo este asunto de la aparente ausencia de móvil.

También me asaltaba otra duda, de no poca importancia. ¿Por qué el autor de las misivas no daba un paso más allá y cumplía sus amenazas? ¿Acaso se contentaba con infundir terror a su víctima? ¿Quería hacerle sufrir hasta la desesperación, para posteriormente asesinarla? ¿O se trataba todo de un farol?

Sí, aquí había algo que definitivamente no cuadraba.

Decidí volver a casa, y consultar el voluminoso “Manual de mensajes anónimos, chantajes, amenazas y otras gracietas” que tenía en un estante de mi despacho. Obra que, dicho sea de paso, escribí yo, y supuso en su día una revolución en la investigación de estos temas, como así fue puesto de manifiesto internacionalmente al ser galardonada con el primer premio a la mejor novela de ciencia ficción, otorgado por Libros del Revés, club de aficionados a la lectura. Nunca

entendí del todo la razón de este reconocimiento, pero me vinieron muy bien los tres mil euros del premio. También al Ministerio de Hacienda. Así que por mí, como si lo publican en formato cómic, o en las páginas centrales de la guía telefónica.

Como decía, regresé al despacho y me dispuse a leer el libraco de cabo a rabo, no sin antes colocar cuidadosamente en un costado de la mesa, suficientes reservas alimenticias para el buen discurrir de mis neuronas. Esto es, seis latas de cerveza Miao y sus correspondientes almendritas saladas.

Una vez leído en su totalidad semejante ladrillo, medité unos instantes. Sopesé datos, aventuré hipótesis, contrasté hechos, utilicé el mondadientes, y llegué finalmente a una incontestable conclusión: estaba de nuevo ante un callejón sin salida. “¿Cuándo he vuelto yo a salir por la puerta?”, me pregunté. No hubo respuesta. “A grandes males, grandes remedios”, me dije. Y ésta fue la vez que más tiempo he estado hablando conmigo mismo. Es más, tengo la firme convicción de que pensar es la causa de la infelicidad. Así pues, no lo pensemos más, y continuemos con el relato del caso.

Firmemente decidido a solucionar aquel misterio, y como este mal era más bien de los medianos, me propuse interrogar de nuevo a mi cliente, y a su entorno más cercano. Es decir, a su marido.

Concerté telefónicamente una cita para esa misma tarde, no sin antes percibir cierto tono de protesta por parte de mi señora cliente. Tomé buena nota de ello, evidentemente, pero no se donde dejé el

papel. A la hora en punto, sonó el timbre de la puerta. Tras los saludos iniciales de rigor, el matrimonio tomó asiento.

Hasta la fecha, no conocía personalmente a don Álvaro de Sidia, el esposo de... en fin, ya saben. Pese a ser inmensamente rico y envidiado por muchos, su aspecto físico parecía querer quitarle importancia a este hecho. Se le veía apocado, sin carácter, ajeno al mundo que le rodeaba. Según deduje tras un breve cuestionario al que le sometí, carecía de aficiones.

-Mi afición es el trabajo -dijo, con el rostro muy serio.

¿Cuántas veces habré oído esta aseveración? ¿Cuántas veces habré pensado que tenía ante mí a una persona totalmente rendida, tras perder por K.O. en el combate de la vida? ¿Cuántas veces se limpia la lechuga antes de ponerla en la ensalada?

Era tal su estado psicológico, que no parecía prestar demasiada atención a su vestimenta. Que iba hecho una piltrafa, vamos. Resultaba impactante ver a un señor de tal calibre mediático y social, el rey de las finanzas le llamaban, enfundado en un traje de color marrón, aderezado con calcetines rojos, corbata blanca y camisa amarilla. Eso sí, todo de marca, y carísimo. Desentonaba terriblemente con el atuendo de su esposa, que vestía un traje de chaqueta y falda de color crema, de lo más elegante.

-¡Qué “chic” nos viene hoy, doña Julia! -dije yo, porque no estaba el asunto como para pronunciar el calificativo que se me ocurría sobre la vestimenta del marido...

-Muchas gracias, señor García, pero el mérito es de mi Álvaro, que siempre escoge para mí la ropa que he de llevar en las citas, y acontecimientos de cierta importancia.

-Así es -espetó el marido, que pareció despertar súbitamente de su letargo-. El problema es que hoy, no se por qué oculta razón, se ha empeñado en seleccionar ella la ropa que debía ponerme para venir a su oficina, señor García, y he aquí el lamentable resultado.

-Hombre, señor de Sidia -dije en un tono conciliador-, yo no calificaría de lamentable su atuendo, sino de original y atrevido. Dos aspectos muy necesarios hoy en día, a juzgar por cómo viste el personal -el señor de Sidia me miraba de reojo, sin acabar de entender el sentido de mis acertadas palabras.

-Y, ¿cómo le ha surgido la genialidad de seleccionar tan dispar colorido para la ropa de su marido, doña Julia? -pregunté, tratando de romper el hielo, para de paso tomarme un cubatita bien fresquito.

Totalmente pálida, inmóvil, doña Julia fue incapaz de articular una palabra inteligible. Tan sólo alcanzó a susurrar algo así como:

-Ejquejm...-que yo, inmediatamente y como no podía ser de otra manera, interpreté como “ahí me has pillado”.

Algo se cocía en el ambiente, y no parecía ser el peluquín de don Álvaro, aunque a ratos parecía surgir humo de su sesera. Empecé a atar cabos, y me hice con una cuerda muy larga. Algo rondaba por mi cabeza, y no era caspa. De pronto, una idea surgió en mi mente como

por arte de magia. Pero no era magia, no, era el fruto de mi sublime intelecto.

Así pues, con ese pensamiento en mi cabeza, fui al grano, sin rodeos, pero como queda bastante feo destriparse la cara ante unos clientes, decidí dejar el exterminio del acné para otro momento.

Como decía, sin preámbulo alguno, solicité de doña Julia una respuesta concreta:

-¿Es usted daltónica?

-¡¿Qué te ha llamado?! -dijo su marido, levantándose de la silla, preso de un súbito ataque de dignidad tan impropio en él.

-No pasa nada Álvaro, tranquilízate -dijo su esposa-. Sí, lo soy, señor García, soy daltónica. Por lo general, no distingo bien los colores, de ahí que mi marido venga hoy hecho una facha.

Su voz, denotaba cierta resignación y alivio a un tiempo, y la calma volvió a reinar en mi despacho. Era la segunda vez, pues por lo general siempre anda por ahí, en despachos ajenos. La calma, digo.

-Caso cerrado -dije yo, con los ojos entornados, mientras en mi boca se dibujaba una leve sonrisa de satisfacción.

Doña Julia volvió a ponerse pálida, mientras su marido abría la boca, en señal de franca sorpresa.

-Evidentemente -comencé a decir-, es usted, doña Julia, la autora de los mensajes anónimos que se ha autoenviado. En la anárquica selección de los colores al escribir los textos está la clave de su autoría, dado que es usted daltónica. Tenemos una confirmación

adicional, en el dispar colorido de la ropa que viste hoy su marido, dado que la eligió usted.

-¡Pero eso es ridículo! -comenzó a decir la señora, presa de un gran nerviosismo- ¡Y para qué iba yo a amenazarme a mí misma! Señor García, me ha decepcionado usted terriblemente.

-Deje la interpretación para las buenas actrices -ahí estuve un pelín cruel, lo reconozco-. Le ruego que no se lo tome a mal, pero he descubierto su juego. Y deseo ponerle fin cuanto antes, en beneficio de todos. Señor de Sidia -continúe diciendo-, si su esposa aquí presente, se ha empeñado en elegir su ropa, precisamente hoy, día en el que venían a encontrarse conmigo en esta oficina, es porque deseaba ser descubierta.

Doña Julia bajó la mirada.

-Hasta hace escasos momentos -proseguí-, desconocía por completo cuál podía ser el móvil de todo este turbio asunto. Ahora, me atrevo a decir sin ningún temor a errar, que lo que pretendía conseguir su esposa con esta trama era un poco de atención por su parte. Puede estar usted tranquilo. Su esposa no está en apuros, más allá de lo estrictamente sentimental. Dedicar usted todas sus energías a los negocios, descuidando totalmente la inversión que más beneficios podría aportarle. Piénselo. Les enviaré la factura a casa.

Tras guiñarme un ojo, doña Julia se levantó de la silla, y agarrándose del brazo de su marido, salieron juntos de mi oficina, rumbo a la felicidad. O no, yo que se...



-Pero a partir de ahora, yo decido lo que me pongo, ¿eh, Julita? -me pareció escuchar, al tiempo que el sonido producido por unos pasos disminuía lentamente...

**FIN**